

Cuarto Domingo del Tiempo Ordinario/ Ciclo A.

Las bienaventuranzas...

RXIO G PORTILLO R.
RAYMUNDO A PORTILLO R.
WWW.JESUS-SACRAMENTADO.ORG

La liturgia de la Palabra de este domingo presenta de nuevo a Jesús enseñando a sus discípulos sobre las verdades del Reino de los Cielos. La semana pasada se nos decía que Él caminaba por toda Galilea anunciando la llegada de este reino, y hoy precisamente nos habla de aquellos que lo heredarán.

El texto señala que Jesús sentado en lo alto del monte, con la mirada puesta en sus discípulos, comienza el discurso de las bienaventuranzas. "Dichosos...", es el prefijo con el que se introduce cada una de las frases que componen el conocido Sermón de la Montaña, el cual revelaría la misión de la Iglesia en el mundo.

Aparentemente el texto parece ciertamente contradictorio, Jesús proclama "dichosos" (es decir llenos de dicha, felicidad) a aquellas personas que según la lógica humana no lo son: los pobres, los que sufren persecuciones, los que lloran, los que pasan hambre, los sometidos por la injusticia. Ante este evangelio surge sin duda alguna frente a nosotros una interrogante válida: ¿Cómo pueden ser dichosos o felices aquellos que sufren inocentemente por el mal que los rodea?

La respuesta está en la propia persona de Jesús, ya que las bienaventuranzas son una "radiografía" de la vida interior de Jesús. Ellas, aunque sean paradójicas a nuestro entender, nos hablan de la "lógica de Dios", de la sabiduría divina superior a nuestro entender.

Las bienaventuranzas son la síntesis biográfica de Jesús, son el camino que Él ha recorrido, y por eso son el estilo de vida de aquellos que le siguen, por eso serán dichosos, felices, ya que han puesto su confianza en el Dios viviente y no en los poderes efímeros de este mundo.



Evangelio según San Mateo (Mt 5, 1-12)

En aquel tiempo, cuando Jesús vio a la muchedumbre, subió al monte y se sentó. Entonces se le acercaron sus discípulos. Enseguida comenzó a enseñarles, hablándoles así: "Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos los que lloran, porque serán consolados. Dichosos los sufridos, porque heredarán la tierra. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque obtendrán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque verán a Dios. Dichosos los que bajan por la paz, porque se les llamará hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos serán ustedes cuando los injurien, los persigan y digan cosas falsas de ustedes por causa mía. Alégrese y salten de contento, porque su premio será grande en los cielos.

Ministros de esperanza

Siguiendo con nuestro intento de reflexionar con la encíclica de Benedicto XVI, *Spe Salvi* y de encontrar el significado de la oración como escuela de esperanza para el creyente, hemos aprendido que el rezar purifica nuestra conciencia, ya que nos coloca como creyentes frente a Dios, origen y meta de todo bien.

Dice el Papa: "Rezando no significa salir de la historia y retirarse en el rincón privado de la propia felicidad. El modo apropiado de orar es un proceso de purificación interior que nos hace capaces para Dios", es decir, capaces de reconocer lo que somos frente a Él.

Sin embargo: "Para que la oración produzca esta fuerza purificadora debe ser personal, una confrontación de mi yo con el Dios vivo", debe ser un "encuentro" con aquel que sabemos que nos ama y nos escucha, y por ende entiende nuestra situación, no siendo indiferente a nuestro ruego.

Pero la oración no es sólo individual, no nos encierra en nosotros mismos, al contrario, "en ella tiene que haber una interrelación entre oración pública y oración personal. Así podemos hablar a Dios y Dios nos hablará a nosotros".

Una muestra de ello son las oraciones que repetimos como Iglesia orante, y que hemos aprendido de la tradición: el Padre Nuestro, el Ave María, el Gloria y la Salve, entre muchas otras.

Hermanos, sólo así nos haremos capaces de la "gran esperanza" y nos convertiremos en ministros de Esperanza para los demás"; esperanza en el sentido cristiano que es siempre anuncio del bien para todos